

La lengua de las mariposas es el segundo de los dieciséis relatos contenidos en la colección *¿Qué me quieres, amor?*, publicada en 1995 por el escritor gallego Manuel Rivas.

La narración está ambientada en la Galicia rural de los años '30, donde el autor muestra la relación entre Moncho, un muchacho de siete u ocho años a punto de emprender su camino como estudiante, y don Gregorio, un maestro con un proyecto educativo revolucionario por el tiempo.

Como se puede notar a partir del texto que vamos a proponer, a Moncho se le ha convencido de que ir a la escuela es casi una punición, que es preferible trabajar, y que los maestros tienen métodos educativos basados en el rígido respeto de las reglas y en los castigos físicos.

Sin embargo, la realidad que se depara delante del muchacho es totalmente diferente: en aquel lugar tan denostado por todos, Moncho encuentra en la figura de don Gregorio a una persona especial, realmente interesada en la educación de sus alumnos en el sentido etimológico de la palabra. De hecho el maestro, gracias a su pasión por la vida, es capaz de guiar a sus estudiantes en el descubrimiento de la realidad: la naturaleza, las ciencias, la historia, la literatura, la geografía, etc., adquieren para los muchachos una forma atrayente y tangible. La relación entre Moncho y don Gregorio se hace tan estrecha que hasta los fines de semana los dos salen de excursión, y siempre vuelven a casa con un nuevo tesoro.

Es indudable que en este cuento Manuel Rivas hace hincapié en **el sentido de responsabilidad del maestro y en su deseo de cuidar a las generaciones más jóvenes**: a pesar del final del cuento, que coincide con el momento de la llegada de la Guerra Civil, don Gregorio, mediante su cariñosa presencia y su disponibilidad, consigue sembrar en el corazón de Moncho y en el de sus alumnos la semilla del amor por la vida, por la verdad y por la realidad, un germen de vida que podrá crecer solo si será capaz de afrontar la eterna lucha con los prejuicios ideológicos típicos de los hombres.

(De: *En un lugar de la literatura*, De Agostini Scuola, p. 317)

No, el maestro don Gregorio no pegaba. Por lo contrario, casi siempre sonreía con su cara de sapo. Cuando dos peleaban en el recreo, los llamaba, “parecéis carneros”, y hacía que se dieran la mano.

Luego, los sentaba en el mismo pupitre. Así fue como hice mi mejor amigo, Dombodán, grande, bondadoso y torpe. Había otro rapaz, Eladio, que tenía un lunar en la mejilla, al que le hubiera zurrado con gusto, pero nunca lo hice por miedo a que el maestro me mandara darle la mano y que me cambiara junto a Dombodán. El modo que tenía don Gregorio de mostrar un gran enfado era el silencio.

“Si ustedes no se callan, tendré que callar yo”.

Y iba cara al ventanal, con la mirada ausente, perdida en el Sinaí. Era un silencio prolongado, desasosegante, como si nos dejara abandonados en un extraño país.

Sentí pronto que el silencio del maestro era el peor castigo imaginable. Porque todo lo que tocaba era un cuento fascinante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y el sístole y diástole del corazón. Todo se enhebraba, todo tenía sentido. La hierba, la oveja, la lana, mi frío. Cuando el maestro se dirigía al mapamundi, nos quedábamos atentos como si se iluminara la pantalla del cine Rex. Sentíamos el miedo de los indios cuando escucharon por vez primera el relincho de los caballos y el estampido del arcabuz. Íbamos a lomo de los elefantes de Aníbal de Cartago por las nieves de los Alpes, camino de Roma. Luchamos con palos y piedras en Ponte Sampaio contra las tropas de Napoleón. Pero no todo eran guerras.

Hacíamos hoces y rejas de arado en las herrerías del Inicio. Escribimos cancioneros de amor en Provenza y en el mar de Vigo. Construimos el Pórtico da Gloria. Plantamos las patatas que vinieron de América. Y a América emigramos cuando vino la peste de la patata.

“Las patatas vinieron de América”, le dije a mi madre en el almuerzo, cuando dejó el plato delante mío.

“¡Que iban a venir de América! Siempre hubo patatas”, sentenció ella.

“No. Antes se comían castañas. Y también vino de América el maíz”. Era la primera vez que tenía clara la sensación de que, gracias al maestro, sabía cosas importantes de nuestro mundo que ellos, los padres, desconocían.

[...]

Tal era mi interés que me convertí en el suministrador de bichos de don Gregorio y él me acogió como el mejor discípulo. Había sábados y feriados que pasaba por mi casa y íbamos juntos de excursión. Recorriamos las orillas del río, las *gándaras*¹, el bosque, y subíamos al monte Sinaí. Cada viaje de esos era para mí como una ruta del descubrimiento. Volvíamos siempre con un tesoro. Una mantis. Un caballito del diablo. Un *escornabois*². Y una mariposa distinta cada vez, aunque yo solo recuerde el nombre de una es la que el maestro llamó Iris, y que brillaba hermosísima posada en el barro o en el estiércol.

1. **gándaras:** pequeños lagos

2. **escornabois:** ciervo volante (en gallego)

Otras sugerencias:

- *San Manuel Bueno, mártir* (1931) – Miguel de Unamuno
(De: *En un lugar de la literatura*, De Agostini Scuola, p. 278)